

## *Dios, ¿un extraño en nuestra casa?*

*Dios, ¿un extraño en nuestra casa? Lo cotidiano es lo familiar donde habitamos. Precisamos hacer una lectura de lo conocido y sabido y también de lo que nos sorprende y extraña de Dios. Nuestra casa es un ámbito sagrado para rehacer las relaciones entre lo íntimo y lo público.*

### **1. LO COTIDIANO ES LO FAMILIAR, EN DONDE HABITAMOS**

El mundo de lo cotidiano es el mundo de la interacción. Es el lugar en donde unos actores intercambian sus roles en la presencia de los otros. Y en donde todos actuamos en un escenario muy particular. Precisamente por ello al explorar los signos de Dios en lo cotidiano es necesario que prestemos atención a unos lugares muy precisos, en donde al producirse la interacción se marcan igualmente los límites de aquello que nos permitimos ser en la presencia de los demás, en las escenas rituales donde nos relacionamos.

La conversación frecuente nos proporciona un complejo mundo de formas adecuadas y ritos muy precisos que nos orientan y nos hacen actuar del modo como pensamos que debemos hacerlo. Es por ello necesario remitirnos a algunos lugares concretos en donde la aparición de motivos religiosos nos proporciona una multitud de ocasiones para auscultarlos y determinar las conductas de discernimiento de dichos signos de Dios.

La casa donde habitamos, con sus espacios bien delimitados, nos proporciona uno de esos lugares de interacción en los que experimentar la realidad de Dios de un modo muy concreto y cercano. La atención a formas más inculturadas de la experiencia de la fe exige que situemos de nuevo la experiencia de Dios en lo cercano de nuestras vidas. Una espiritualidad que dé cuenta de lo que vivimos cotidianamente tiene que ser, sobre todo, contextualizada. Debemos reubicar la acción de Dios en lo cotidiano de nuestras vidas, es decir, en nuestro hogar, nuestra familia, nuestra casa.

Por eso se nos suscita la pregunta: ¿es Dios un extraño en nuestra casa? ¿No estamos vaciando la experiencia de Dios de su fuerte contenido presencial cuando la acotamos al ámbito de lo sacral, el templo, y las devociones particulares? Si no le procuramos a dicha experiencia espacios más propios y familiares, ¿no nos estamos privando de escenarios muy propios para decantar y fomentar lo más sabroso de la vida?

Lo extraño de Dios para nosotros son los símbolos de la lejanía y el poder. Y son precisamente estos símbolos los que normalmente guían nuestra relación con Él. Se nos presenta a Dios como el Señor omnipotente y sabiendo que todo lo controla y que manifiesta su poder en las catástrofes naturales o las desgracias personales. Un Dios de las alturas revestido por los atributos del dominio que reparte la suerte entre unos y otros y que juzga sin comprometerse con nuestras debilidades.

Está claro que, poco a poco, hemos ido endulzando esta imagen terrible de la divinidad con acentos más cálidos y paternalistas. Pero, seguramente, incluso ante esta imagen, recurrimos a ganarnos su benevolencia, a que perdone nuestros pecados y a que nos juzgue con bondad y misericordia. Con lo que no modificamos la imagen de lejanía y poder protector.

Lejanía que nos hace sentir la soledad como separación de lo más íntimo, en una grieta dolorosa de desamor y olvido. Y por ello, a lo largo de las vicisitudes de la vida se nos vuelve a plantear la insidiosa pregunta de todos los seres humanos ante el sufrimiento y la injusticia: ¿No nos habrá olvidado Dios...? ¿No será que le importamos muy poco cuando no acude en nuestra ayuda en los momentos de verdadera angustia?

Y es que el poder, aunque sea referido a la divinidad, retiene en sí mismo todo un conjunto de símbolos tanto de seducción como de atractivo peligroso. Nos fascina y nos devora, como todo lo amenazante, lo peligroso, en esta cultura en donde nos hemos habituado a coquetear con el riesgo... ¿Dios no puede ser concebido desde los símbolos de *Eros*, del deseo, de la cercanía, de la implicación afectiva y personal?

Deberemos hacer el éxodo del dios de la filosofía y aún el de ciertas imágenes de la Biblia, al Dios evangélico, al Dios Abbá, que es el que confesamos como el de Jesús, y al que queremos rendir la confianza en nuestra vida. Maurice Zundel, místico suizo del siglo pasado, reivindicaba el Dios de la fragilidad y de la compasión. Y se rebelaba contra ciertas expresiones de la literatura del Pueblo de la Biblia que le parecían muy poco capaces de expresar la nueva imagen que Jesús nos ha revelado, pero que siguen vigentes en el discurso de los eclesiásticos y en la catequesis de las iglesias.

El Dios cristiano es el Dios de la proximidad y la gratuidad. El que se aproxima, el que se abaja hasta la debilidad y el sufrimiento humano y por eso nos hace aproximarnos a los otros, los prójimos, cercanos. Es el que se nos presenta en las relaciones de acogida, en la cercanía discreta, en el ejercicio de la compasión. Y, desde luego, es el Gratuito, porque siempre es donación, regalo inesperado, perdón generoso...

## **2. EL DIOS FAMILIAR QUE SE QUIERE CREAR UN PUEBLO DE SU PROPIEDAD**

La extrañeza de este Dios cercano que se implica es un signo de nuestra época. Seguimos añorando los símbolos del poder y nos resulta muy difícil elaborar como adultos nuestra imagen tan infantil e inmadura del Dios que hemos recibido. Por eso debemos hacer un esfuerzo para asegurar el crecimiento de la imagen de Dios en nosotros. Caer en la cuenta de que si no crece con nosotros no podemos integrar la nueva experiencia de Dios en los odres viejos y añorados de épocas pasadas. Con frecuencia creemos “hacernos como niños” ante Dios cuando en realidad estamos frenando la inevitable evolución de nuestro ser, el progreso espiritual de nuestras vidas.

Vamos a descubrir en un recorrido por nuestra casa esa extrañeza del Dios de Jesús, el de las parábolas, el de los símbolos creadores de nuestra cultura.

El ámbito de la casa es sobre todo el ámbito de la familiaridad y lo próximo. Lo familiar de Dios (lo contrario a lo extraño es lo familiar) es a la vez protección y fragilidad. Es el cobijo esencial, el útero entrañable de donde surgimos a la vida, el corazón herido que siempre está a nuestro lado esperando, buscando, amando... ¿sufriendo?

Pero debemos aclarar primero que la experiencia del Dios de Jesús nos remite siempre a lo familiar, es decir al ámbito de lo cotidiano, pero también lo desborda. Eso cotidiano es lo de todos los días, lo conocido, lo habitual, lo que ya no nos sorprende. Y Dios siempre es

sorpresa en su cercanía honda, precisamente en lo inusitado de su implicación de todos los días. De tal manera que debemos abordar lo cotidiano, lo familiar con mucha atención para que no se nos convierta en rutinario, en lo obvio, y se nos cierren las antenas para descubrir precisamente ahí, lo extraordinario.

### ***El Dios “de casa”, así es el Dios de las primeras tradiciones del pueblo de la Biblia***

El Dios “de casa”, así es el Dios de las primeras tradiciones del pueblo de la Biblia. Pero no el de una casa fija, sino el de una casa que se va construyendo cuando se siguen sus consejos en el camino de la promesa. Decimos el Dios de casa, en el sentido de lo más propio, lo que viene con nosotros, lo que nos acompaña y va creando con nosotros el hogar que se nos ha prometido.

El Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob. Ese es el apelativo con el que se le nombra desde la teofanía del Horeb. El amigo de Abrahán y de Sara, nómadas que buscan en Él su verdadera casa, y por eso viven en tiendas. Es el Dios apegado a una familia, que va recreando sus tradiciones y orientando sus inquietudes, es un Dios que los visita y los atiende y les procura las bendiciones. El Dios que les asegura descendencia y cumple su promesa.

El Dios de la zarza, que baja de las alturas inaccesibles del Sinaí porque ha escuchado el clamor de los esclavos y ha visto sus sufrimientos, el que se hace cargo de su liberación y quiere mover el corazón de un hombre para que los saque de la tierra de la opresión. Este Dios que se deja atraer a lo más débil, una zarza en medio de la estepa, que es el menguado fruto que produce la tierra después del pecado, y la hace arder como una señal de su presencia transformadora, y de la futura adoración en libertad en ese mismo lugar

El Dios que se crea un pequeño pueblo de pobres y se vincula con ellos en un pacto recíproco de protección y adoración. El Dios que les hace nacer a una mutua pertenencia: vosotros seréis *mi* pueblo, Yo seré *vuestro* Dios. Y así ellos pasan a ser su “*propiedad persona/ entre todos los pueblos*” Ex 19). Es el Dios que se acerca a proteger al huérfano desvalido, que se ocupa de la viuda y del extranjero, el Padre de los huérfanos, el defensor de la viuda, la mesa que se prepara ante el fugitivo en el desierto...

### **3. ¿CÓMO PODEMOS EXPERIMENTAR LA PRESENCIA DE DIOS EN NUESTRA CASA?**

Se trata de experimentar al Dios cristiano como el Dios familiar, el de nuestros hogares, que en su realidad más material, son el lugar privilegiado de la intimidad y la protección. En ellos experimentamos el cobijo esencial cuando somos niños, el afecto incondicional, la convivencia entre las generaciones, la ternura y el cuidado de unos por otros. Todos ellos lugares teologales donde vivir y experimentar la cercanía de Dios. Lo que nos falta son ojos para discernir y un modo nuevo de acceder a ellos.

No hace falta mucha imaginación para buscar los atributos del Dios de la casa volviendo a los símbolos maternos originarios: nuestro Dios es Refugio, Amparo, Acogida. Y podemos entrar en su Casa, porque tiene muchas moradas, y nos acoge a cada uno según nuestra situación vital. Nos refugiarnos en su Plaza fuerte para sentirnos fuertes en la amenazas del Enemigo, en su Baluarte para ponernos al abrigo de las inclemencias de la vida.

Pero también nos referimos a la Tienda, que Él mismo ha plantado en nuestra tierra para invitarnos a su intimidad, y en la que se nos ofrece un lugar de acogida e intercambio amoroso. O nos podemos dirigir en medio de nuestros desvaríos a la Casa del padre que nos espera con los brazos abiertos cuando venimos de dejarnos la piel siguiendo los caprichos de nuestro rebelde corazón.

Las ocasiones de discernir la casa como lugar de encuentro y de experiencia jugosa del Dios vivo nos las proporciona la consideración de que ella es cifra y resumen de los elementos principales de la tierra. Los cuatro elementos esenciales, el aire, la tierra, el agua y el fuego, no sólo configuran el mundo sino también los diferentes espacios de la casa.

El *aire* está presente en la entrada y la sala de estar, en donde acogemos a los de afuera, en donde intercambiamos saludos, afectos, convivencia... A ellos abrimos nuestra puerta y les invitamos a pasar al primer reducto de nuestro hogar. Nuestra capacidad de acogida se desarrolla en este primer espacio doméstico, en el que la mano tendida al forastero lo hace huésped, lo acoge en el ámbito de la hospitalidad.

Con ellos se nos plantea un primer discernimiento: ¿sabemos abrir nuestra casa a los de fuera? ¿Vivimos con las ventanas cerradas en un ambiente enrarecido? ¿Entra el aire limpio en nuestra casa? Cuando alguien nos visita, Dios nos visita. *Hospes venit, Christus venit*, decían los monjes antiguos. Y la carta a los Hebreos nos cuenta que siendo hospitalarios muchos hospedaron ángeles. La presencia del que viene nos prepara para acoger al Señor de nuestra vida. ¿Cómo es el Dios de nuestra sala de estar?

La *tierra* es el elemento que configura la cocina y el comedor Lugar en donde los frutos del campo se transforman y se convierten en alimentos, en comida, en bendición y en sustento cotidiano. Dios nos los proporciona y el trabajo y la cultura humana los elabora y condimenta para que nos nutran y nos proporcionen el sabor y el gusto de las cosas buenas de la vida.

La Biblia nos recuerda que el Esperado, aún un niño: “Comerá requesón con miel hasta que aprenda a rechazar el mal y a escoger el bien” (Is 7,15). Nuestra mesa nos proporciona un principio de discernimiento entre lo bueno y lo malo para educarnos en el aprendizaje moral. La dieta equilibrada nos recuerda que necesitamos también nutrientes de pertenencia, de afecto compartido y arraigo en tradiciones familiares. Por todo ello bendecimos al Dios que nos nutre y nos mostramos agradecidos.

Nuestro comedor es el lugar en donde compartir los bienes de la tierra, pero también es donde conversamos e intercambiamos lo que hemos vivido durante el día. Y es también el espacio de la fiesta, del recuerdo de lo bueno vivido, de la celebración familiar, del convite con los amigos. Y así la comida en común se convierte en *convivium*, es decir, banquete que nos hace presente la felicidad definitiva cuando nos sentemos reunidos a la mesa con la virgen María y con todos los santos y Dios se ponga el delantal y se goce en servirnos. ¿Qué rasgos tiene el rostro del Dios de nuestro comedor?

Si nos adentramos al espacio privado de la casa, nos encontramos con el cuarto de baño. Y en ese ámbito personal también nos podemos preguntar por el Dios que nos renueva como un manantial que brota desde el umbral de la Casa (cf Ez 47). El *agua* que, según el profeta, todo lo sana y en cuyas orillas crecen los árboles de follaje jugoso y buenos frutos

es en nuestra casa el cuarto de baño. Lugar sacramental que no solamente nos limpia sino que sobre todo nos renueva cada mañana. La ducha como un ejercicio oracional que nos traslada de la somnolencia y el cansancio al despertar y la frescura. El cuerpo en el baño que es recuerdo de otro baño bautismal, de donde resucitamos cada ocasión como Jesús de la tumba, como Adán el primer día de la creación.

Nuestro cuarto de baño es lugar de reparación corporal, de unción y perfume, de limpieza y purificación. Del agua nacemos para el día nuevo, para la batalla cotidiana, reparados también en el espíritu, porque nos quita las preocupaciones, nos relaja del estrés diario. Dios es un baño reparador, una unción de perfume y una renovación constante de nuestras menguadas fuerzas.

Ese lugar de cuidado corporal es también una fuente de sana autoestima. En su intimidad nos recogemos, agradecemos la soledad y preparamos nuestros cuerpos para el encuentro íntimo, el contacto, la caricia y el amor. ¿Sabemos hacer la experiencia personal con el Dios de nuestro cuarto de baño?

Y, cuando nos vamos adentrando al espacio más interior de la casa, a la alcoba, el *fuego* es el elemento que se nos revela como el centro del hogar. La habitación es a la vez lugar de descanso y lugar de intercambio amoroso, en donde como el ave Fénix, renacemos de nuestras cenizas diariamente y en donde el amor enciende nuestros sentidos. Al refugiarnos en nuestro lecho hacemos de sus sábanas tienda de intimidad, y al rendirnos al juego sexual compartimos con el Dios de la vida el placer de los cuerpos enamorados y la responsabilidad de perpetuar con nuestra semilla su mismo acto creador.

El sueño que nos vence al caer la noche es un anticipo de la muerte. Es la consunción de la hoguera de un día más, con sus pesares y sus alegrías. Y al sueño nos abandonamos como Jesús en las manos amorosas del Abbá, para que todo quede arrasado y recogido en Él al volver de nuevo a la actividad con el nuevo día. Sueño reparador que limpia nuestro inconsciente de sus fantasmas y nos libera de muchas de las angustias con que nos carga la vida y nos permite gustar la quietud y el silencio en un anticipo de eternidad.

El hogar como reducto de la familia nos descubre que podemos “estar en un regazo”, en un lugar en donde se acunan nuestras vidas, y que de este modo se convierte en sacramento de la bondad insobornable de Dios. Hay todo un aprendizaje que hacer para experimentar el regazo de los demás: el paternal, el maternal, el filial, el fraternal, el amistoso. Fuente de regeneración ante los traumas y dificultades de la vida, taller de experimentación entrañable de relación, ternura y convivencia.

Y frente al hogar la intemperie: la familia, lo cálido del hogar no puede convertirse en una madriguera. Necesitamos salir a la intemperie, vivir abiertos a las circunstancias de la vida. El trabajo, el colegio, la vida social son otros lugares sacramentales, es decir lugares en donde experimentar a Dios. El Dios que se nos revela en el ámbito de la intimidad es también Dios de Jesús, el del Reino, el de la historia cotidiana. Aprender a vivir a la intemperie, a descubrir a Dios en los caminos de la vida es un aprendizaje que no podemos dejar de hacer.